

te, el *Super flumina Babylonæ*, ni colgará su lira de los sauces del Manzanares.

En cuanto á nosotros, apasionados de la Avellaneda y que la creemos tan patriota como poetisa en el arrebato de nuestro cariño, acariciamos la ilusión de que esto no es cierto, y suponemos que quien eleva esos acentos dignos del sublime salmista hebreo, de aquel poeta de la libertad de Judá, no puede ser indiferente á la suerte de su patria. El recuerdo de esta santa Sión en uno ha nacido, siempre es el primero, el más dulce y el más tierno, sea que nos sorprenda en que la miseria y en la soledad, sea que brote en medio de la dicha y del fausto de una corte opulenta.

Volvamos á Baltasar.

Con la resistencia de la virgen judía, aquel corazón gastado se conmueve, se agita; desea, y como lo que desea no está al alcance de su mano, que se encuentra con el muro de la virtud y de la altivez, lo que habría podido ser un capricho se convierte en pasión. Baltasar manda retirar á la corte, quédase sólo con Elda, quiere gozar con avidez de aquella conquista, agradable por difícil. Pero la judía sigue resistiendo, fiel á sus juramentos y á su virtud, rechaza indignada al rey, y cuando éste exasperado quiere violentarla, se aparece Rubén, el nieto

de Joaquín y esposo de Elda, que la había venido siguiendo, advertido por Daniel acerca del peligro que corría. El joven iracundo se atravesía y osa amenazar al monarca, que altamente sorprendido de esta audacia, llama á su corte: sus palaciegos van á precipitarse sobre el atrevido mancebo, cuando Elda revelando que es su hermano, contiene la cólera de Baltasar. Rápido como el pensamiento, el monarca se lanza en medio de sus oficiales y del israelita, y detiene á aquellos haciéndoles desviar la punta de las desnudas espadas que ya amenazaban al desdichado joven. Esta escena es bellísima y produce una conmoción extraordinaria.

Después manda salir á todos y se queda con Ruben, que sacando una espada que traía oculta bajo su túnica de cautivo, pretende matar á Elda antes que verla ir al harem.

Baltasar le coge por el puño, y cuando queda á solas con él, desenvaina la espada y le acomete con tal furia, que el judío, desprevenido ó atemorizado, se deja desarmar y cae al suelo. El rey le manda levantarse, le perdona, le desprecia y se marcha.

Cuando Joaquín ya puesto en libertad sobreviene, halla á su hijo humillado y lleno de desesperación, y sabe las intenciones depravadas que amenazan la virtud de Elda. Ciego como es,

se arrastra colérico, logra recoger la espada arrojada por Rúben y marcha á tientas en busca de su enemigo, cuando aparece Daniel y le conjura á dejar á Dios la venganza de este crimen.

Así concluyen los dos primeros actos.

En el tercero, ya el rey locamente apasionado de Elda, piensa que protegiendo á su familia y á su pueblo y brindándola con el trono, podrá ser correspondido y dichoso, porque para él ya la única dicha es amar y ser amado. Al efecto da orden á sus ministros para el cambio de posición de Joaquín y de Ruben, les previene erigir altares al Dios Israel y hacerle adorar al par de los dioses caldeos; luego hace venir á la presencia de Elda al viejo rey cautivo y á su nieto, y entrega á éste un escrito en que le nombra el segundo del reino y el primero en la corte. A la sazón escucha los sordos rumores del pueblo babilonio que se agolpa junto al palacio, y cerciorado por Neregel de que la noticia de la elevación de los israelitas es la causa de esta conmoción, manda abrir las puertas del regio alcázar con supremo orgullo, y anuncia que va á ordenar á la multitud insolente, que se postre de rodillas ante la virgen judía á quien elige por esposa. Semejante noticia sorprende é indigna á Joaquín y á Ruben, y llena de pasmo á ésta. Joaquín exclama que tal proyecto es imposible. Elda se aparta

aterrada, Ruben comprendiendo al fin que tantas dádivas y favores no eran más que el precio del honor de su mujer, despedaza y lanza indignado su nombramiento á los pies de Baltasar y declara que es el esposo y no el hermano de la joven. Baltasar atónito al ver que ha sido engañado y que sus deseos se estrellan contra una dificultad inesperada, cegado por la cólera y por los celos, arrebata á Ruben y le arroja en medio de la muchedumbre para que le despedace. Elda pierde la razón.

En el cuarto acto aparece la sala del banquete adornada con toda la magnificencia oriental. En primer término se halla el rey, reclinado en un diván y presa del más hondo tedio. Mas allá está la gran mesa semicircular preparada para la cena. Ricos aromas se quemán en pebeteros de oro y plata, y las flores más exquisitas penden de las guirnaldas que tapizan los muros. Arden cien lámparas iluminando el salón, y un orden de columnas le limita al fondo, separándole de los jardines, de aquellos célebres jardines que hizo suspender en el aire el antojo fantástico de un déspota desconocido, y entre cuya sombría arboleda se destacan colosales estatuas, blancas fuentes y dorados pabellones. A lo lejos se divisan sobre un cielo obscuro las torres y palacios de Babilonia, que viene á alumbrar de cuando en

cuando la luz rojiza de los relámpagos. Una música suena dulcemente, y todo, en fin reproduce allí un cuadro de aquella reina del Asia, de aquella Babilonia á la que llama Jeremías *la más hermosa ciudad del mundo, y el cáliz de oro en mano del Señor, que ha embriagado con él á todos los pueblos.*

Aquella pomposa y magnífica perspectiva, aquellas estatuas de las divinidades caldeas, aquellas armonías de las cítara y de las trompetas sagradas, aquel perfume de rosas mezclado al espeso aroma de la mirra y del benjuí, aquella mesa cargada de manjares de vasos y platos antiguos, aquellos tapices asiáticos, aquellos trofeos, aquellas lámparas y aquel rey indolente y soberbio tendido en divanes de seda, adormecido entre la espesa nube de incienso y al compás de una música lánguida; todo, decimos, produce completa ilusión y trasporta el espíritu á los pasados tiempos y al seno de una civilización extraña y voluptuosa. Parece, en efecto, que está uno asistiendo á las escenas descritas por los profetas con su palabra pintoresca y brillante, ó que la voz de una maga se levanta á nuestra vista realizando un sueño de nuestros años de joven.

Pronto la escena comienza á tener movimiento: la reina Nitocris llega y entregando á su hijo el anillo real, renuncia el poderío que se le había

confiado, ya que no pudo evitar la injusta muerte de Ruben. El rey, vuelto á caer en su pesada indiferencia y en su doloroso hastío, se lamenta de su desgracia y de la pérdida de su última ilusión. Entonces la Avellaneda le hace decir hermosos versos que dejan en el alma una honda impresión de tristeza y de amargura.

NITOCRIS.—¡Oh Baltasar!

BALTASAR.—(con desaliento.) Humo leve,

Que pasa sin dejar huella,

Fué todo! Volóse aquella

Ilusión de un sueño breve!

¡Volóse... volví á caer

En esta tierra maldita,

Donde todo se marchita.

Donde es sarcasmo el placer!

¡Torno á escuchar ese acento

Que la esperanza prohíbe ...

Y que mi oído percibe

En cada soplo del viento.

Ese acento que aquí gira,

Que en todas partes murmura:

—No hay amor, verdad, ventura....

Todo es miseria y mentira!

Después cuando Nitocris le hace justas observaciones sobre su falta de virtudes y atribuye á eso su desencanto y su tristeza, Baltasar réplica:

Pues bien! si al infausto trono
 No ha de llegar la esperanza:
 Si el sér más mísero alcanza
 Lo que yo en balde ambiciono....
 Si es de los reyes herencia
 La soledad de esta cumbre,
 Do no hay un astro que alumbre
 Las sombras de la existencia,
 Quiero con negro egoísmo
 Que este poder infecundo
 Pese, señora, en el mundo
 Tan rudo, como en mí mismo
 ¡Verte!—¡Quizá logre al fin
 De monarca digna palma!
 [Con ironía acerba.]
 ¡Quizás me conforte el alma
 La crápula del festín!
 Hónralo con tu presencia
 Y de eso sólo te cuida!

Nada puede pintar más al vivo el fastidio y el aislamiento del despotismo vicioso y nulo, como estos versos en que la belleza de la forma rivaliza con la amargura y exactitud del pensamiento. Después de este diálogo, llega Daniel á profetizar al rey la llegada de Ciro, la caída del imperio caldeo y la libertad del pueblo judío. Pero Baltasar incrédulo, fiado en su poder, des-

deñoso é impío, desprecia los avisos del profeta, se indigna contra su audacia y manda ponerle en prisiones, desafiando al Dios que le inspira los terribles vaticinios. Luego sigue la cena. Música, embriaguez, adulaciones, todo se pone en juego para aturdir al rey; pero éste permanece sombrío y taciturno, y la cena se hace triste y la orgía degenera. Entretanto, el cielo está agitado por la tempestad, los truenos redoblan y el relámpago ilumina con su siniestra luz las copas de los árboles, las cabezas de las estatuas y la frente de los templos lejanos, como si fuese una amenaza del cielo. Cuando los corazones, no pudiendo sostener esta alegría artificial, son presa de una grave preocupación, Elda se presenta.

Su aparición consterna á la reina, asombra á los cortesanos y hace sufrir al rey, que se queda atónito. Elda delira, y en su extravío habla de su esposo, de su padre, del tirano, de la corte y cree ver un cementerio en el regio salón, y parece marchar entre sepulcros; por último al encontrarse con el rey le reconoce y cae desmayada.

Los cortesanos en vano se esfuerzan por continuar la orgía; el mismo Baltasar desfallece queriendo excitarse con nuevas libaciones. La turbación de todos llega al colmo viendo entrar

al ciego rey Joaquín, que viene á brindar también, enloquecido de dolor; pero queriendo ostentar desprecio, al oír las exclamaciones del desventurado viejo, ríen á carcajadas, el festín continúa, y Baltasar, llevando hasta el exceso su desdén por el Dios de Joaquín, quiere brindar en su honor, y manda traer con ese objeto los vasos sagrados que su abuelo arrebató del templo de Salomón. Traenlos en efecto, son distribuidos entre los cortesanos, y en el momento en que el rey propone el sacrílego brindis, una ráfaga de viento abre de golpe todas las ventanas, derriba las estatuas y apaga las luces. La música enmudece, las copas caen de las manos, y entre la obscuridad, al estampido de un trueno, aparece en el muro la tremenda inscripción *Mane, Thekel, Phares*. Todos se apartan aterrados Baltasar pide á sus magos la explicación de este enigma. No pueden hacerla, y entonces la reina Nitocris recuerda que Daniel en otro tiempo ha sabido explicar sueños intrincados. El profeta llega y explica, en efecto, el sentido de las letras misteriosas, rechazando los dones con que Baltasar pretende premiar su ciencia. En este instante, Rabsares avisa al rey que el ejército de Ciro penetra en la ciudad. Baltasar empuña valientemente la espada y se lanza al encuentro del enemigo. En vano pide la reina consuelos á Daniel;

éste le dice que Dios ha dispuesto tal catástrofe: á poco traen á Baltasar herido mortalmente, y en su agonía parece arrepentirse, y muere en brazos de Nitocris y de Joaquín. La reina va á incendiar el palacio; Daniel se pone á decir su profecía de las sesenta semanas y anuncia la venida del Mesías; Joaquín le escucha arrodillado, el palacio se abrasa y los vencedores penetran hasta el salón persiguiendo á los vencidos. Así concluye el drama

.....

* *
 * *

Sólo nos resta hablar de la ejecución de este drama en el Teatro Nacional de Méjico. La Sra. Cairón le escogió para su beneficio y fué una novedad que atrajo una concurrencia brillante. Además, la hermosa é inteligente actriz se ha conquistado una gran simpatía en el público, tanto por su talento artístico, como porque su figura escénica es la más á propósito para cautivar en su favor el cariño de todos. Así es que en esa noche, el gran vestíbulo del teatro, iluminado

espléndidamente, daba paso á lo más escogido de la sociedad mejicana, que acudía presurosa á contemplar un espectáculo nuevo y á arrojar sus coronas y sus ramilletes á los pies de su querida artista.

Resplandecían los palcos con la belleza de las hijas de Méjico, las de rosado cutis y de ojos de azabache, consuelo de la tierra y vivo trasunto de las huríes musulmanas. En el patio se ostentaban también la gallardía y donosura de nuestros *fashionables*, entre los cuales sólo nosotros y unos cuantos periodistas más de tostado semblante, proyectábamos una sombra, para que el contraste fuese mejor. Cuando se alzó el telón, una tempestad de bravos y de aplausos estalló en todas partes saludando á la eminente actriz que se hallaba en la escena; multitud de coronas volaron á sus plantas, así como centenares de ramilletes que en sus flores, de vivo color y de rico perfume, como hijas de los jardines de América, simbolizaban el ardiente afecto de los mejicanos, que se concede sin reserva y que dura hasta que muere el corazón.

Comenzó luego el drama. Todos los actores se esmeraron en su representación. El Sr. Montijano hizo un rey Joaquín magnífico, el Sr. Navarro caracterizó al profeta y sólo nos permitimos indicarle que habría sido mejor no hacerle

aparecer como de sesenta años, con una barba blanca, porque la Avellaneda misma previene que sólo tenga cuarenta años, y porque según todos los cálculos, esos tenía en efecto en aquella época. Pero en lo demás comprendió su papel y supo dar á sus palabras la solemne expresión que era conveniente. El Sr. Irigoyen representó á Ruben con inteligencia, y como su figura juvenil le ayuda mucho, el mancebo judío salió muy bien. Los Sres. Benetti y García sacaron todo el partido posible de sus sátrapas. La Sra. Márquez jamás nos ha agradado tanto como en el papel de la reina Nitocris. Además de haber estado bella y majestuosa, caracterizó perfectamente y marcó todos los detalles de su papel. Aquella buena, generosa é ilustrada reina es un tipo simpático, y la Márquez se colocó á su altura. Pero el Sr. Valero y la Sra. Cairon fueron los protagonistas. Cada vez tenemos motivos para admirar el talento del gran actor español, cada vez nos sorprende su prodigiosa comprensión y la flexibilidad de su gusto dramático. Le hemos visto en sus ancianos enfermizos y sombríos como el rey *D. Fruela II de León*, como en *Luis XI*, en sus viejos y nobles altivos como el *D. Alfonso* de las "*Querellas*" y el *Alcalde de Zalamea*; en sus ancianos grotescos, como el *Maestro de Escuela* y el *Acerico* de las *Travesuras de*

Juana; en sus viejos finos, como el de *La Levita* y el de las *Deudas de la Honra*; en sus centrales todos, en que no deja que desear y en que nos ha presentado cada vez nuevos tipos, diversos los unos de los otros. En el *Baltasar* nos hizo contemplar otro nuevo y difícil. Un rey lleno de tedio, enervado, gastado, con un alma grande, pero inutilizada por el ocio y los placeres. Con una soberbia colosal, pero templada por arranques inesperados de generosidad y de verdadera grandeza, llevando el desdén y la frialdad hasta el extremo, pero conmoviéndose á veces profundamente. No hay detalle que él no haya marcado, nada se escapa á su perspicacia artística; con el más ligero ademán, con el más pequeño gesto da vida á una expresión ó indica un sentimiento. Fué extraña la impresión que causó al aparecer precedido de la ostentosa procesión de su corte, al lado de la reina y con un aspecto tal de orgullo y de fastidio, que desde luego hizo formar idea de lo que debió ser el monarca enervado. Sus ojos se entrecerraban lánguidamente, sus párpados caían con pesadez, en su andar acompasado y muelle como el de los orientales, se notaba la fatiga de la voluptuosidad, apartaba la vista con doliente movimiento de la fila de sus cortesanos inclinados, y arreglaba de cuando en cuando la diadema sobre sus cabe-

llos negros, rizados y lustrosos, como debía tenerlos un rey sibarita y afeminado.

¿Qué podríamos añadir? Demasiado vió la Sra. Avellaneda, desde hace nueve años, en el teatro de *Novedades* de Madrid, realizado su ideal por el Sr. Valero. No se puede pedir más. Notamos aquí que tal vez á causa del bigote negro y rizado y de la barba pequeña y negra, y á causa también de la cabellera, el actor se dió un aspecto de juventud que no ha tenido en otros tipos de esa edad. El caso es que en el *Baltasar* vimos al rey de la Biblia representado bien.

La Sra. Cairón estaba bellísima en el papel de la joven judía. Su tocado, su traje pintoresco del primer acto y de los dos posteriores, realzaban su magnífica hermosura. Su cabellera negra y sedosa, su color blanco y fresco, como el de una rosa de primavera; sus ojos grandes oscuros y dulces, velados por largas pestañas, sus hombros y brazos de una pureza griega, sus manos delgadas y finas y su talle ligero y esbelto, formaban un conjunto deslumbrador. Hemos estudiado una disertación sobre los trajes hebreos para formar nuestra opinión sobre el suyo, y le hallamos exacto. Hemos dicho otra vez que en algunos papeles dramáticos nos había parecido un poco fría. No podemos decir eso aho-

ra. Estuvo conmovida, llena de expresión, y su acento, que es tan sonoro de suyo, aquella noche estuvo más armonioso y más blando. Finigió la locura del acto cuarto con propiedad, y la Sra. Avellaneda le debe un voto de gracias, porque, lo repetimos sin escrúpulo, sin una actriz inteligente, esa escena forzada y poco preparada, es un escollo. La artista no puede sacar mucho partido de ella, á no ser que sea muy buena, y la Sra. Cairón salió airoso, lo cual debe tenerla satisfecha.

En cuanto á las decoraciones, se pusieron lo mejor que fué posible y lo mejor posible no era caldeo; pero habría sido injusto exigir decoraciones nuevas, cuyo precio no sólo se absorbería el producto de un beneficio, sino el de un abono. Sabemos que en Madrid se representó este drama con todo lujo y propiedad; pero costó mucho, aunque la empresa de *Novedades* ganó también bastante, á causa de sesenta representaciones sucesivas. Aquí la empresa habría perdido, porque no habría soportado el público diez noches el *Baltasar*, aunque le hubiesen puesto los jardines áéreos, los obeliscos y la torre de Babel.

Los trajes caldeos fueron propios en cuanto cabe. Dicen que son los mismos que se presentaron en Madrid. Nosotros, con el párrafo 156

del libro I de Herodoto en la mano, habríamos querido más largas las túnicas de lino ó interiores, la segunda túnica de lana más corta, y habríamos exigido que todos los cortesanos llevarsen bastones adornados con un borreguito, una rosa, una águila ó cualquiera otra figura, pues era una costumbre general de la que quizás ha nacido la moderna de los bastones, que según las enormes y fantásticas figuras que llevan en el puño, van pareciéndose ya á los caldeos. Pero esta falta es insignificante, y si no nos fijamos en la forma de la decoración, menos nos importan los bastones con los borreguitos y los pájaros.

Queremos consignar concluyendo, que la Sra. Cairón fué llamada varias veces á la escena, aplaudida frenéticamente y que la ovación que esa noche obtuvo de un público entusiasta y sincero, debe persuadir á la encantadora artista de que en Méjico se la quiere mucho y de que nos causará tristeza su partida de nuestro bello país. Que suspire por él al llegar á sus playas españolas, y que recuerde en medio de sus triunfos, allá en su patria, que hay más acá del Atlántico un pueblo que sabe amar y adorar el talento.